



Foto: Heriberto Rodríguez/ La Jornada

Juan Goytisolo

Duele leer a Juan Goytisolo. Los temas que aborda son trágicos, desde las vivencias de unos niños en un pueblito durante la guerra civil española, las penurias de los exiliados, hasta la reciente barbarie en Sarajevo. Sin embargo, la escritura de Goytisolo fluye suave, aunque nos obliga a recurrir con frecuencia al diccionario para tener cabal idea de su prosa.

Nacido en 1931 en Barcelona, emigra a París en 1956 y años más tarde a Marrakesh. En Goytisolo se mezclan las culturas ibéricas y árabes, que tanto tiempo convivieron en el sur de España.

Entre otras novelas, es autor de *Juegos de manos* (1954), *Duelo en el paraíso* (1955), *Fiestas* (1957), *La resaca* (1958), *Señas de identidad* (1966), *Reivindicación del conde don Julián* (1970), *Juan sin Tierra* (1975), *Makbara* (1980), *Paisajes después de la batalla* (1982), *Las virtudes del pájaro solitario* (1988). También se ha preocupado por la Academia y es autor del ensayo *Problemas de la novela*, de 1959.

En 1985 recibió el premio *Europalia* y en marzo de 2002, el Premio *Octavio Paz*.

Cuadernos de Sarajevo es un crónica desgarradora de esa guerra que pocos entienden, damos una muestra de ello a continuación:

“El espectáculo de mayor desolación lo ofrece el antiguo Instituto de Estudios Orientales: la célebre biblioteca de Sarajevo. El domingo 26 de agosto de 1992, los ultranacionalistas serbios arrojaron sobre ella un diluvio de cohetes incendiarios que redujeron en pocas horas todo su rico patrimonio cultural a cenizas. Como señalaba la Oficina de información del Gobierno de Bosnia Herzegovina, dicho acto “constituye el atentado más bárbaro cometido contra la cultura europea desde la Segunda Guerra Mundial”. [...] dicho crimen no puede ser definido cabalmente sino como memoricidio. Puesto que toda huella islámica debe ser extirpada del territorio de la gran Serbia, la biblioteca, memoria colectiva del pueblo musulmán bosnio, estaba condenada *a priori* a desaparecer en las llamas de la vengadora purificación.

Casi cinco siglos después de la quema de manuscritos árabigos en la granadina puerta de Bibarramba decretada por el cardenal Cisneros, el episodio se repitió en mayor escala durante las conmemoraciones del Quinto Centenario. Resueltos a enderezar los encuentros de la historia de su país, los forjadores de la mitología nacional serbia —tan elocuentemente denunciados por compatriotas suyos del fuste de Djuric y Bogdanovic— colmaron sus sueños de eliminación ancestrales: miles de manuscritos árabes, turcos y persas se esfumaron definitivamente. El tesoro así destruido escondía obras de historia, geografía y viajes; ciencias naturales, astrología y matemáticas; diccionarios, gramáticas y poemarios; tratados de ajedrez y de música. Hoy, la biblioteca conserva sólo la estructura hueca de sus cuatro fachadas ornadas de columnas, arcos de herradura, rosetones y almenas. La armazón metálica del techo por la que cayeron los cohetes parece una gigantesca telaraña. Los soportales del patio interior muestran apenas su antigua y fina labor de yesería, el espacio central es una pila ingente de escombros, cascotes, vigas, papeles chamuscados. Recojo uno de ellos y descubro que se trata de una ficha clasificadora del archivo. Me la llevo como recuerdo de esa barbarie programada cuyo fin era barrer la sustancia histórica de una tierra para montar sobre ella un edificio compuesto de patrañas, leyendas y olvidos”. (pp. 41-42)

Amelia Rivaud Morayta